

LOS OBREROS Y EL PODER

Para RICARDO MESTRE

Los políticos no salvarán nunca a la clase obrera, a pesar de todas sus promesas.

Antonio Díaz Soto y Gama
en *El Sindicalista*, 1913.

HACE ALGUNOS AÑOS, Jean Meyer me relató una memorable conversación con Fidel Velázquez. El viejo líder había leído *La Cristiada* y quería sondear en Meyer a un posible biógrafo o a un cronista de la CTM. No podía haber sido mayor la sorpresa de Jean cuando escuchó a don Fidel opinar con detalle no sólo sobre su obra sino sobre la de otros historiadores como Cosío Villegas o Womack. En aquellas épocas cheverristas se había fundado un Centro de Estudios sobre el Movimiento Obrero, dependiente, si no recuerdo mal, de la Secretaría del Trabajo. Meyer inquirió la opinión de don Fidel sobre los libritos que publicaban los académicos del Centro. Lacónica respuesta: "no entienden nada". Al final de la entrevista, Jean le preguntó: ¿Por qué perdieron el poder Luis Napoleón Morones y Vicente Lombardo Toledano? Con su característica flemma, sugiriendo apenas una sonrisa detrás de sus lentes oscuros, don Fidel soltó una bocanada de humo y sentenció: "Porque quisieron la presidencia".

Las dos frases de don Fidel contienen una inmensa lección para el momento actual. Si contáramos con una verdadera historia de los obreros en México podríamos comprender con mayor objetividad la dimensión y el significado de los hechos recientes. Por desgracia, la historia obrera se ejerce en México desde los cubículos universitarios por supuestos "especialistas en movimiento obrero" que jamás en su vida han visto a un obrero. El mejor libro sobre el tema lo escribió la norteamericana Marjorie Ruth Clark en el remotísimo 1934.¹ Ningún mexicano ha producido una obra semejante. Desde el confuso andamiaje de sus ideologías, nuestros "especialistas" creen que el obrero mexicano piensa sólo en términos de conflicto, lo cual implica que no tenga más vida que la vida sindical; y como la vida sindical, —sobre todo tratándose de la CTM— les parece una permanente charreada, el obrero resulta un enajenado que no tiene nada que perder salvo sus cadenas y que sólo recupera el sentido de su vida en la protesta callejera o la huelga. En la mitología académica, el obrero es un actor que ensaya perpetuamente la

escenificación de la obra que Marx escribió para él hace más de un siglo.

Marx no tiene la culpa de este negocio académico. Tampoco el marxismo. En cierta ocasión escuché al célebre historiador marxista Eric Hobsbawm hablar sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra durante el siglo XIX. Algo en su gran melena gris y en la vehemente autenticidad de sus palabras me hizo verlo como el último romántico del socialismo inglés. Hablaba desde dentro de la experiencia obrera sin dejar que la ideología la secase o distorsionara. No utilizó las palabras convencionales: movimiento, lucha, conquista. No confundió la historia obrera con su capítulo sindical o político. Habló, en cambio, de los estilos de vida en las diversas regiones, ciudades, ramos y fábricas; las formas de convivencia en los días feriados; las casas que los obreros habitaban, los transportes que usaban, los periódicos que leían; la relación psicológica del hombre y la máquina; la composición de la familia, sus creencias políticas y religiosas etc... Se refirió al fútbol como a un deporte típicamente obrero y, con el mayor cuidado, describió el tipo de gorra —cap— que se puso de moda en Manchester como señal de orgullo e identidad de clase. Recordó a su héroe, Herbert Smith, líder, lechero, socialista y minero: "a man with a cap, a cap as a flag" y concluyó: "también nosotros debemos reconocernos en ella". Comparando este enfoque humano con los adocados libritos que, con excepciones,² producen nuestras universidades, uno no puede más que repetir con don Fidel: "No entienden nada".

La segunda frase del líder vitalicio contiene un mundo de experiencia y sabiduría sobre los límites de la independencia. Fidel Velázquez tenía doce años (1912), cuando se fundó la Casa del Obrero Mundial cuyo código anarquista prohibía al obrero toda filiación política. ("No servir de escalera a fin de que ascienda a los poderes ningún político charlatán.")³ Tres años después de su fundación, en plena guerra civil entre el Constitucionalismo y la Convención, la Casa firmó un pacto histórico con Carranza —ideado por Obregón— que selló el destino político de los obreros en el siglo XX.⁴ A cambio de la promesa de una legislación avanzada —que Obregón, en efecto, indirectamente promovió en la Constitución de 1917—, la Casa aportó los famosos "Batallones rojos" que lo mismo pelearon contra los zapatistas en Morelos que contra los villistas en El Ébano y Celaya. Significativamente, los

Batallones se integraron con los viejos cuerpos de oficios: tranviarios, carpinteros, canteros, sastres, pintores, albañiles, tipógrafos. No había textiles independientes o ferrocarrileros magonistas en sus filas. Tampoco petroleros: en Tampico, coto de la International Workers of the World (iww), de filiación anarquista, los obreros mantenían una tenaz independencia del gobierno central. Con el triunfo de Carranza, la Casa alcanzó el cenit de su prestigio. Tenía sucursales en varios puntos de la república y una cede de postín: La Casa de los Azulejos. Pero aquella gloria, como todas, sería breve: en cuanto la Casa apoyó huelgas de tranviarios, electricistas, telefonistas en la ciudad de México para protestar por el pago en papel moneda, el presidente Carranza le advirtió que los intereses particulares de la clase obrera debían supeditarse a los generales de la patria y tomó la durísima decisión de poner en vigor un antiguo decreto de Juárez del 25 de enero de 1862 que castigaba con la pena de muerte a los "trastornadores del orden público". A partir de ese momento, quienes "suscribieran, propagaran, aprobaran, defendieran o hicieran efectiva una huelga", serían pasados por las armas. Resultado previsible: la Casa del Obrero Mundial pasó a mejor vida y la Casa de los Azulejos volvió a ser Sanborn's. No es imposible que a sus 16 años el joven Fidel registrara esta experiencia sobre los costos de la dependencia.

Dos años más tarde, en la ciudad de Saltillo y bajo los auspicios del gobernador, nació la primera central realmente masiva en nuestra historia moderna: la CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana). Es el momento en que asciende la estrella de Luis N. Morones. Antiguo electricista y miembro de la Casa del Obrero Mundial, había recelado inicialmente del gobierno pero la violenta desaparición de la Casa lo vacunó contra la independencia. Tras declarar —era buen orador— "Bienaventurados los idealistas porque de ellos es el reino de todos los desastres", Morones firmó un nuevo pacto secreto con Obregón: apoyo obrero a cambio de una futura tajada de poder. Al llegar a la presidencia, el general hizo buena la promesa: la CROM obtuvo puestos directivos en el gobierno del D.F. además de otras ventajas, como la implacable represión contra sindicatos independientes (CGT). Morones, sin embargo, quería más y su siguiente apuesta, apoyar a Calles, le salió redonda. Durante casi todo el período callista, Morones fue, a un tiempo, ministro de Industria y Comercio, jefe máximo del Partido Laborista Mexicano y zar de la organización obrera. Ha pasado a la historia como un líder corrupto y exocéntrico, rodeado de pistoleros, que, tras amasar una fortuna, controlaba clientelas, censuraba periódicos, infiltraba universidades, ostentaba diamantes y organizaba tremendas francachelas en su casona de Tlalpan. La fama es cierta, pero Morones fue un político mucho más sutil e importante de lo que la fama quiere: desde el ala nacionalista del régimen, inició el proteccionismo industrial, impulsó con eficacia e imaginación la industria nacional —en especial la textil— y hubiera llegado a la expropiación del petróleo si los duros en la Casa Blanca no hubiesen llevado su campaña contra México al borde de una intervención. Con estos antecedentes

y el apoyo de grandes sectores obreros, era natural que Morones soñara con la silla presidencial. Para su desgracia, un hombre más fuerte, apoyado por el ejército, le había tomado cariño a la misma silla: Álvaro Obregón. Desde el lanzamiento de su candidatura, Obregón combatió a la CROM. En contraparte —aunque nunca lo sabremos de cierto—, no es difícil imaginar que algunos de los meseros cromistas de "La Bombilla" hayan sido un poco demasiado obsesivos con aquel caricaturista que se abría paso para dibujar al general Obregón. El caso es que Morones resultó el chivo expiatorio del magnicidio. Mientras la poderosa CROM se desintegraba, en un teatro de la ciudad protegido de los cromistas por el ejército, el Panzón Soto escenificaba una comedia que se haría famosa: "El desmoronamiento". Morones nunca llegaría a des - desmoronarse: lo esperaban la cárcel, el exilio y el débil consuelo de una vejez piadosa.

Para entonces, Fidel Velázquez —el lobo mayor— y los otros cuatro lobitos (Amilpa, Yurén, Sánchez Madariaga, Quintero), dominaban ya la poderosa Federación de Obreros del Distrito Federal que se desligó de la CROM un minuto después del desmoronamiento. Habían aprendido la vieja lección: zapatero a tus zapatos. Porque habían sido obreros eran auténticos líderes obreros. (Fidel formó el primer sindicato lechero en 1923.) Se oponían a los líderes personalistas igual que a los ideológicos por una misma razón: ambos utilizaban a los obreros como trampolín político. El objetivo declarado de la Federación era procurar "la completa armonía entre los factores de la producción: trabajo y capital".⁵ Tiempo después, los lobitos decidieron incorporarse —sin supeditación— a las sucesivas organizaciones fundadas por el líder del momento: Vicente Lombardo Toledano. En 1936 fundan con él la CTM. Lombardo sueña entonces con integrar a los campesinos y quizá —¿por qué no?— con alcanzar la Presidencia de la República. Entre tanto, Cárdenas y los lobitos no sueñan. Aquel obstruye la unificación de campesinos y obreros, y se sirve de Lombardo cuando necesita huelgas; cuando las huelgas no le parecen oportunas, advierte: "la labor antipatriótica de los mineros resta prestigio y respetabilidad a las normas revolucionarias del régimen".⁶ Por su parte, los lobitos dan el zapazo y desplazan a los comunistas de la CTM. Soñando con una central obrera latinoamericana, Lombardo se desplazaría sólo. Cuando en 1947 buscaba el apoyo de la CTM para la integración del Partido Popular, el lobo mayor pudo haberle respondido: "Bienaventurados los soñadores porque de ellos es el reino de la impotencia".

Fidel Velázquez entendió que, para ser el presidente vitalicio de los obreros, debía renunciar a la presidencia de los mexicanos. En la versión de los que "no entienden nada", aplicando las duras espuelas del charrismo sindical Fidel presidió desde entonces el largo período de posturación obrera que aún no termina, un martirio interrumpido sólo por la insurgencia de los maestros y los ferrocarrileros a fines de los cincuenta. La otra historia no escrita es la de la larga marcha de varias generaciones de obreros mexicanos hasta los peñaños iniciales de la clase media. Contra la opinión conven-

cional, en términos generales la CTM y muchas otras centrales del Congreso del Trabajo han desarrollado una práctica responsable y madura, fincada en conocimientos concretos de toda índole —económicos, jurídicos, sociales, psicológicos—, no en supuestos ideológicos. Su problema, como el de todo el sistema desde finales de los años sesenta, fue la falta de modernización política.

El único presidente de los mexicanos que quiso que Fidel Velázquez dejara de ser el presidente de los obreros fue Luis Echeverría.⁷ Como en tantas otras cosas, su actitud trastocó los finos equilibrios que sustentaban al sistema y endureció innecesariamente la posición del viejo líder que, sin embargo, nunca llevó su reacción al extremo de asaltar el poder presidencial. Pero justamente en aquel momento de reafirmación, a sus sanos y rozagantes 73 años, Fidel cometió uno de sus muy escasos errores: no supo negociar límites a la intervención del gobierno en la vida económica del país y no supo poner límites a la intervención de algunos líderes en la vida política y económica del gobierno. Quizá era demasiado para un sólo hombre, quizá era tarde. Para lograrlo, tenía que haber preparado desde hacía mucho tiempo líderes a su altura profesional y moral. Por desgracia, las dos generaciones de líderes que lo han seguido en la CTM han derivado hacia la política. Con todo, la reafirmación de Fidel frente a Echeverría abría la oportunidad de modernizar en definitiva y sin apoyo oficial la vida de los sindicatos. Había que promover una estructura judicial que desde la Suprema Corte hasta las Juntas Locales de Conciliación garantizara la equidad en la relación entre obreros y patronos; había que convertir a cada sindicato en una escuela de democracia introduciendo en ellos, al menos, la no reelección indefinida; había que sancionar severamente a los líderes corruptos y legislar con todo cuidado sobre la naturaleza y límites de las empresas sindicales. Sobre todas las cosas, Fidel tenía que haber revertido la historia de don Porfirio facilitando su propia sucesión democrática. Nada de ello ocurrió: el viejo líder permitió que jóvenes tecnócratas que tampoco entienden nada metieran una mano muy visible entre los factores de la producción (con los resultados que están a la vista) y consintió un nuevo moronismo en varias centrales obreras.

El mayor representante del neomoronismo sindical se llama Joaquín Hernández Galicia, alias "La Quina". Nacido en 1922, es imposible que conociera los sucesivos y diversos desmoronamientos de la Casa del Obrero Mundial, Morones y Lombardo. Ha vivido en Tampico, donde la vieja tradición autonomista subraya aún más la absurda exaltación oficial de Pemex como el alma económica de México y del petróleo como la savia negra de la identidad nacional. Estos factores históricos —aunados a los mares de dinero que con la venia oficial corrieron por sus manos desde 1977— no justifican pero hasta cierto punto explican la creciente arrogancia que llevó a los petroleros a perder el sentido de las proporciones. Por lo demás, La Quina y su sindicato —hay que decirlo claramente— no son una desviación excéntrica del sistema político mexicano: son, más bien, su expresión extrema. Hoy

leemos los mejores capítulos de *Morir en el golfo* —inspirados en La Quina— como si fueran un episodio de África en el México decente y nos escandalizamos con las fortunas que perdió Chava Barragán en Las Vegas, las joyas que guardaba en su auto y los negocios de Bolaños. Lo justo es reconocer que en cuanto a patrimonialismo y corrupción, derroche y prepotencia, La Quina tuvo en el gobierno a dos admirables maestros: Luis Echeverría y José López Portillo.

La Quina se desmoronó porque el presidente de los petroleros quiso que su organización se impusiera sobre la presidencia de México. No contento con su inmenso poder económico y político —sin precedente en la historia sindical del mundo—, quiso ampliar sus métodos caciquiles hasta abarcar al país. Como en el caso de Morones en 1928, no previó claramente que la violencia se ejerciera contra él. Es más, con toda probabilidad —puesto que no dejó de amagar en ese sentido— pensaba que, preventivamente, él mismo podía recurrir a ella. De haber tenido noción de sus límites históricos, su mejor opción habría sido pactar con el presidente suave que le sirvió en bandeja la renovación moral. Prefirió la confrontación, la amenaza, el chantaje y quizá el sabotaje. Una vez más, como en otros momentos del siglo xx, se topó con la razón última: la del Estado.

"Por la fuerza tomamos el poder, por la fuerza tendrán que quitárnoslo". Las palabras de Fidel, dirigidas a los votantes del PAN, se han revertido cruelmente en contra suya. Concediendo la justificación moral y legal de la acción contra La Quina, no hay duda de que en términos políticos la decisión entraña un mensaje claro: la frase de Fidel sólo puede pronunciarse al gobierno. Los obreros lo resentían y ese resentimiento es el costo mayor de los hechos. Por más que se insista en el "indestructible pacto histórico", vivimos el fin —o el comienzo del fin— de una era que Fidel Velázquez, más que ningún otro mexicano vivo, contribuyó a formar. Sería maravilloso que los obreros asimilaran lo sucedido como un imperativo de independencia frente al gobierno. Si así lo hicieran, bastaría conservar buena parte del sólido edificio sindical —con su experiencia, su pragmatismo y su sana aversión a los mesianismos instantáneos— reorientándolo a los fines que le son más inmediatos y propios: no el botín de los votos y las prebendas caciquiles sino el mejoramiento integral de sus agremiados. Cuando el presidente Cárdenas sostenía, en 1939, que los obreros estaban en un plano superior económica y socialmente al de otros sectores —pensaba desde luego en los campesinos—, estaba diciendo una verdad como una catedral, tan válida entonces como medio siglo después. A despecho de lo que opinen los que "no entienden nada", la vida del obrero mexicano no es menos compleja que la que Hobsbaum percibía en el británico y esa complejidad incluye la conciencia de su ascenso histórico en el siglo xx. Lo importante es ofrecerle vías legítimas y claras de afirmación y progreso. Estas no pueden ni deben depender ya del gobierno. Ya no puede ser que los dirigentes sindicales pierdan contacto con el mundo del trabajador y se vuelvan burócratas o políticos. Para que los obreros mexicanos

continúen habitando sin coacción el edificio que creó Fidel, los líderes que alguna vez lo sucedan tendrían, en suma, que rescatar los viejos ideales de libertad, democracia, independencia y cooperación que inspiraron la fundación de la Casa del Obrero Mundial. Es difícil, no imposible.

Hay, por supuesto, otras alternativas. Una, improbable y riesgósima, la de pensar que "aquí no ha pasado nada". Otra, más probable y natural, el ingreso creciente de obreros al cardenismo. Si el cardenismo defendiera a la democracia antes que al cardenismo o al vago populismo estatista que representa, cabría pensar que esa alternativa es la menos mala. Por desgracia, no sin dolor sostengo la impopularísima opinión de que la izquierda mexicana, espina intelectual del cardenismo, no es ni será ya nunca democrática. Puertas adentro del país, su convicción democrática es tan frágil como inarticulada. Muchos súbitos demócratas de la izquierda no han explicado públicamente por qué tardaron tanto tiempo en apreciar las ventajas de su nueva fe. Puertas afuera, sus convicciones democráticas son tan tiernas que de hecho están aún por nacer. Es significativo que, ¡a estas alturas!, sus líderes se indignen cuando alguien que no es de la secta les recuerda los métodos antidemocráticos del socialismo autoritario. Uno de estos métodos —conquista sin duda irrenunciable— es, por cierto, la prohibición absoluta en esos países del derecho de huelga y la libertad sindical.

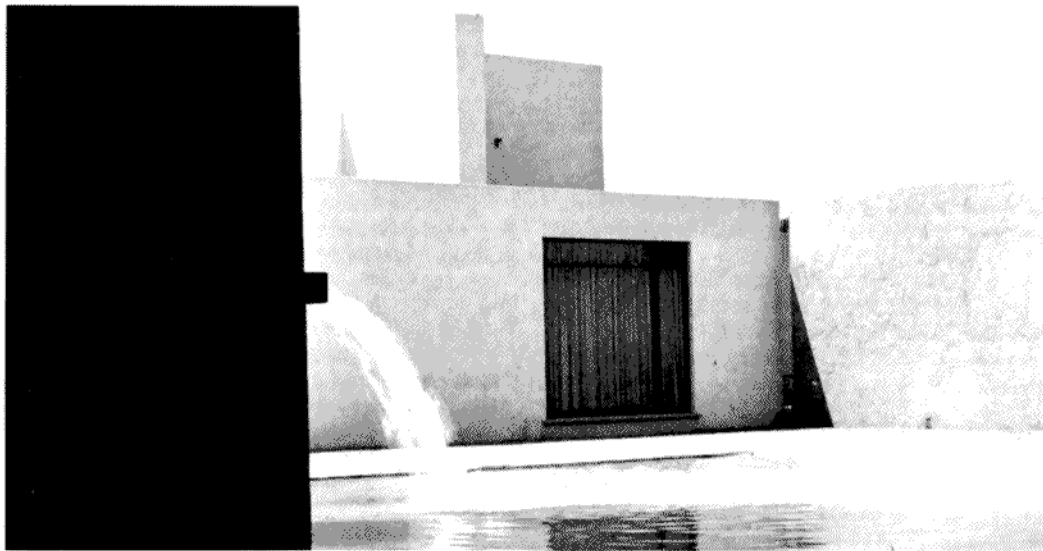
La mejor salida está, como siempre, en nuestra historia. En mayo de 1913, en plena dictadura huertista, se dio en México una confluencia notable. Los líderes obreros comenzaron a apreciar las ventajas del régimen liberal que había propiciado la fundación y el desarrollo de la Casa del Obrero Mun-

dial y, en una arriesgada manifestación pública, exigieron "el retorno de la democracia". En esos mismos días, dos demócratas maderistas hablaban en el Congreso a favor de los líderes de la Casa arrestados por Huerta: Serapio Rendón y Belisario Domínguez. Les costaría la vida. Sería hermoso que la bandera de los obreros mexicanos volviera a ser la democracia. Muchos nos reconoceríamos en ella.

16 de enero de 1989

NOTAS

- ¹ Marjorie Ruth Clark: *Organized labor in Mexico*, The University of North Carolina Press, 1934. 315 pp. Traducido por Editorial Era. Otro libro excelente es el de Barry Carr: *El movimiento obrero y la política en México 1910-1929*. Editorial Era, 282 pp.
- ² Un ejemplo: "De la dictadura a los tiempos libertarios", tomo 3 de *La clase obrera en la historia de México*, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, Siglo XXI Editores, 1980.
- ³ John M. Hart: *El anarquismo y la clase obrera mexicana 1860-1931*, Siglo XXI Editores, 1980.
- ⁴ Jean Meyer: "Los obreros en la Revolución Mexicana: 'Los Batallones Rojos'". *Historia Mexicana*, Vol. XXI, julio-septiembre 1971, núm. 1.
- ⁵ En Clark, op.cit., p. 136.
- ⁶ En Alberto Bremaut: *Material histórico*; De Obregón a Cárdenas. México, 1973.
- ⁷ Gabriel Zaid: *La Economía Presidencial*, Editorial Vuelta, 1987, pp. 37-38.



Armando Salas Portugal